

- C. Monsivais, *Entrada Libre. Crónicas de la sociedad que se organiza*, Era, México, 1988.
- G. Murdock y P. Golding, *Teorías de comunicación y teorías de la sociedad*, Cuadernos del TICOM, México, 1985.
- A. Piscitelli, *Construyendo mundos de acción*, Univ. de Buenos Aires, 1989.
- D. Portales, *La dificultad de innovar. Las empresas de televisión en América Latina*, Ilet, Santiago, 1989.
- G. Richeri, *Crisis de la sociedad y crisis de la televisión*, Contratexto No. 4, Lima, 1989.
- R. Sennet, *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1978.
- G. Sunkel y otros, *La política en Pantalla*, Ilet/CEsoc, Santiago, 1989.
- M. Sodré, *O terreiro e A cidade*, Vozes, Petrópolis, 1988.
- A. Touraine, *Palavra e sangue: Política e sociedade na América Latina*, Ed. da Uni-cam, Sao Paulo, 1989.
- R. Zallo, *Economía de la comunicación y la cultura*, Akal, Madrid, 1989.
- E. Veron y otros, *El discurso político*, Hachette, Buenos Aires, 1987.
- R. Willians, *Hacia el año 2000*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1984.
- M. Wolf, *Sociología de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid, 1979.
- Puerto Rico, marzo, 1990.

## TIEMPOS MODERNOS: POLITICAS CULTURALES Y NUEVAS TECNOLOGIAS.

Mabel Piccini\*

### 1) DE LA POLÍTICA A LA MAGIA

Ya es un lugar común señalar que las tecnologías electrónicas modifican de manera radical los paisajes culturales y antropológicos de nuestros tiempos. Para muchos, incluso, estas tecnologías se instituyen en cifra de los procesos de modernización política y cultural. Me refiero, en particular, a las tecnocracias estatales, me refiero también a las agencias de publicidad y a los nuevos administradores de los sueños colectivos y por último no dejo de considerar a los propios especialistas del campo que, en ocasiones, no pueden sustraerse al cautiverio de los poderes tecnológicos. Tal vez, de algún modo, yo me cuente entre los últimos.

Quiero retomar esta evidencia porque me parece un punto de partida. Partir de las evidencias en este caso es intentar explicar -lo evidente- de otro modo aunque sin olvidar que el lugar común señala siempre, aunque no lo explique, la existencia de un problema. Implica también subrayar deliberadamente las condiciones de enunciación desde las que intentaré plantear ciertas ideas acerca de las nuevas tecnologías culturales, el orden político que las administra y sus consecuencias sobre las sociedades contemporáneas y, en particular, sobre nuestras sociedades.

Me interesa agregar que preferiría no ampararme en otro lugar común de las disciplinas sociales en la actualidad: el de

\* Profesora e investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.



la crisis de los paradigmas de conocimiento, aunque temo no poder soslayar esta cuestión. Puesta en la situación, debo aclarar mi perspectiva. Tengo la sospecha de que como en otros momentos de confusión apelar a la crisis del conocimiento instituido ofrece un paliativo para la propia incertidumbre. Tengo la sospecha, además, de que esa crisis, así designada, alude más a las inercias inherentes a los campos científicos, a sus automatismos o a sus propias reglas de repetición que a las reflexiones de algunos pensadores excepcionales, sean estos Marx, Bataille, Weber o Freud. (Releo al pasar un fragmento de Thomas Kuhn, *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, en el que se aclara mi sospecha— “un paradigma, dice, es aquello que los miembros de una comunidad científica, y sólo ellos comparten”. Invierte luego la afirmación y el argumento queda del siguiente modo: “... la posesión de un paradigma común/es/lo que constituye a un grupo de personas en una comunidad científica”).<sup>1</sup>

Aclarado este punto me gustaría ahora evocar a Max Weber, en particular sus escritos de los últimos años. La idea de la modernidad en Occidente —piensa Weber— se erige sobre un proceso de desencantamiento del mundo, proceso que se caracterizaría por la pérdida de un sentido que unifique las distintas esferas de la vida social. Las nuevas esferas de racionalidad de estas sociedades, según este enfoque, adquieren su máxima expresión en el campo de la ciencia, campo que Weber concibe como el principal soporte del mundo capitalista. Sin embargo, su posición ante la racionalidad occidental es ambigua. Es precisamente esta ambigüedad la que me interesa rescatar tal como se expresa en uno de los capítulos de *El político y el científico*, el titulado “La ciencia como vocación”. Dice así:

“La intelectualización y racionalización crecientes *no* significan, pues, un creciente conocimiento general de las condiciones generales de nuestra vida. Su significado es muy distinto:

significan que se sabe o se cree que en cualquier momento en que se *quiera* se *puede* llegar a saber que, por tanto, no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser *dominado mediante el cálculo y la previsión*. Esto quiere decir simplemente que se ha excluido lo mágico del mundo. A diferencia del salvaje, para quienes tales poderes existen, nosotros no tenemos que recurrir ya a medios mágicos para controlar los espíritus o moverlos a piedad. Esto es cosa que se logra merced a los medios técnicos y a la previsión. Tal es, esencialmente, el significado de la intelectualización”.<sup>2</sup>

La inclusión de esta cita de Weber tiene para mi varios sentidos de distinto signo:

1). recordar que las tendencias del orden racional —dominio del cálculo y la previsión— no sólo gobiernan el pensamiento científico sino también el orden político y las formas de la burocracia,

2). proponer que esa lógica de la previsibilidad está inscrita en las diversas redes culturales de nuestra época y que instituye, de manera particular, las formas intercambiables (la ley de las equivalencias) de las culturas seriales,

3). reconocer, desde ese pensamiento, que es preciso recurrir en los análisis concretos de las políticas basadas en el cálculo y la previsión la dimensión irracional e imaginaria que es el costado oscuro de esas gestiones.

Por último, es imposible ignorar que el juicio y las interpretaciones de Weber acerca del orden racional comportan, a la vez, una crítica radical acerca de las posibilidades —y los límites— de la razón y del pensamiento instrumental en los procesos de conocimiento de la vida social. En este sentido, el suyo es un llamado a reconsiderar los poderes imprevisibles y ocultos —o, en sus propios términos, *lo mágico del mundo*— dimensiones que han sido habitualmente reprimidas y, en el mejor de los casos, confinadas en los dominios del arte, de la mística, del inconsciente o del erotismo.



Yo desearía hablar de esos poderes ocultos e imprevisibles y, si acaso la ambición no es desmedida, de la magia y de su tejido de sinrazones.

## 2). ¿POLÍTICA O AUSENCIA DE POLÍTICA?

Contamos en la actualidad con una abrumadora cantidad de datos acerca de la presencia –y la incidencia cuantitativa– de las redes electrónicas en las sociedades del continente. Tal vez exagero al hablar de los países latinoamericanos en su conjunto. Pero, por de pronto, es posible señalar que en algunos casos tal fenómeno es cierto: Brasil, Argentina, en cierta medida Chile y Venezuela. En México las circunstancias son algo diferentes por un hecho que no ha sido analizado en sus debidas consecuencias. Los datos y la información estadística en el país pertenecen a archivos bajo custodia tanto por parte del gobierno como de las empresas privadas. Conseguir informaciones y cifras acerca de las gestiones audiovisuales es una empresa de real complejidad y lo es más todavía poder confiar en los datos que se obtienen. Esta situación sorprende de manera particular porque México es uno de los países que cuenta con una de las infraestructuras electrónicas más desarrolladas del continente.

En este caso, el desarrollo electrónico parecería obrar más a favor del control social, es decir del ocultamiento de los datos, que de su difusión. Creo que un ejemplo ilustrativo es la caída del sistema de cómputo durante las pasadas elecciones presidenciales. La importancia del hecho no radica sólo en el ocultamiento de la información y el fraude operado sobre la llamada –en esos “tiempos de democracia”– voluntad popular sino la abierta exhibición de que los hechos se ocultan y pueden sustraerse, con total impunidad, al conocimiento público.

Esta que es una reflexión lateral me conduce sin embargo

a delimitar un problema: tanto en el caso de los estudios exhaustivos sobre las gestiones culturales en países del continente como en las propias investigaciones mexicanas, con las limitaciones ya señaladas, encontramos un intento de explicación cultural del poder político, o si se prefiere, una interpretación política del poder cultural. La perspectiva, sin embargo, está regida, en la mayoría de los casos, por la convicción de que, como señala Weber, *todo puede ser dominado mediante el cálculo y la previsión*, tanto en el orden de las acciones concretas como en el discurso que pretende interpretar esas acciones. Por esta razón de índole general encuentro que la mayoría de esos estudios no trasciende la *letra* –el discurso, la ley o las políticas de los hechos consumados– y reduce su alcance a la descripción de un estado de cosas. Y, en segundo lugar, se inscribe, sin mediaciones, en la lucha inmediata por definir espacios de poder cultural. Diría que en la generalidad de los casos la política contingente marca sus orientaciones y esto significa en la práctica respetar las reglas del juego de las políticas centrales. En este sentido son investigaciones animadas por una pragmática social cuyo objetivo fundamental es definir un espacio de diálogo y negociación con las burocracias estatales.

No se me escapa que estos trabajos representan una fuente inestimable de información sobre la materia pero me gustaría ampliar el marco de referencia desde donde concebir políticas y estrategias culturales. Para volver al caso mexicano creo que es importante señalar que la mayoría de los estudios consisten en la descripción y constatación de una serie de hechos de dominio público: la expansión sostenida de las redes tecnológicas y su creciente privatización, la transnacionalización de la cultura, la censura sobre el derecho a la información así como la concentración de los espacios informativos en centros privilegiados de poder, la insuficiencia del sistema jurídico para controlar los supuestos desvíos de las gestiones culturales de la empresa privada y, también, la



disociación entre la ley y las prácticas concretas. Estos son algunos de los puntos de inflexión en el discurso que tiene rango de legitimidad en los campos de la comunicación. El esquema argumentativo que los rige, a su vez, conduce a una serie de conclusiones entre las cuales quisiera recordar algunas que convienen a mis propósitos. Se señala a menudo la *falta de coherencia* de las políticas estatales en relación a las culturas audiovisuales y, en casos extremos, una *ausencia de políticas* en la materia. En algún lugar he llegado a leer que existiría una suerte de *anomia* del sistema ante los desafíos que representa la expansión de las tecnologías culturales. Los implícitos saltan a la vista: no hay coherencia política o simple y llanamente hay ausencia de políticas pero podría haberla; la anomia es la respuesta muda del sistema ante el progreso tecnológico pero podría existir un plan y una regulación racional de las redes; no existe una repartición equitativa de los espacios culturales pero se trataría de instituir otro orden comunicativo que represente, en términos de igualdad formal, a las diversas fuerzas sociales.

Ante este panorama las preguntas que me formulo son sencillas: ¿existen posibilidades concretas dentro del marco de las políticas reales, es decir, de políticas sustentadas sobre la explotación y la desigualdad, de transformar las reglas del orden comunicativo en vigencia?; ¿es éste sólo un problema "político" en el sentido tradicional, es decir, un problema de cálculo y previsión, de conquista de espacios de poder formal y, en el último de los casos, de negociación con las esferas oficiales?; ¿se trata, de acuerdo con este enfoque, de redistribuir volúmenes, flujos, intensidades de información y de cultura según las necesidades de grupos, clases y marginales?; ¿es posible imaginar una terapia colectiva, como piensan algunos, para prevenir sobre los supuestos excesos de las redes audiovisuales? o, en el caso contrario, las terminales domésticas ¿pueden concebirse como una extensión pedagógica -o en su visión televisiva: publicitaria- para modificar las

creencias y los comportamientos sociales? Este es el campo de las políticas contingentes. No ignoro que estos problemas cobran importancia tanto en la definición de estrategias políticas concretas como en la búsqueda de nuevos espacios para hablar y establecer otros códigos, si cabe, de comunicación entre los diferentes segmentos sociales. Deliberadamente yo me quiero situar en otro lugar. Creo que si bien este espacio que elijo para pensar un mismo problema (?) escapa a las políticas contingentes es, sin embargo, un espacio que permite pensar la contingencia de otra manera.

\* \* \* \* \*

Para comenzar por algo quiero señalar, por un lado, que a mi entender existen políticas coherentes de comunicación en el país y, por el otro, que en los distintos modos de manifestación del nuevo orden cultural se expresa, como algunos lo señalan, una evidente ausencia de políticas. Estas afirmaciones contradictorias remiten sin embargo a un mismo campo de acción y a lo que podría designar como la disociación propia de una escena que plantea a la vez el orden racional y el registro imprevisible de lo imaginario. Trataré de aclarar estas ideas.

Creo que no existen dudas acerca de los fines funcionales que persigue el estado mexicano en materia de comunicación. Sin entrar en detalles todos conocemos la creciente privatización de las redes audiovisuales en el país. En la gestión mixta de las culturas electrónicas el estado encontró en Televisa las fórmulas más exitosas de captación de las pasiones colectivas. Nadie ignora que canal 2, con una programación nacional que cubre todas las horas del día, es el canal de mayor audiencia en el país (y sin duda en áreas enteras de los Estados Unidos). No es exagerado señalar, por lo tanto, que en este sentido Televisa y la empresa privada son los administradores de la política cultural de masas más coherente que se haya produ-



cido en las últimas décadas. El éxito de esta política es el éxito que consagra la lógica mercantil. El poder en este caso es un poder que emana de las propias reglas de la acumulación capitalista. Nada nuevo. De ese poder se extrae un cierto saber sobre los procesos simbólicos y discursivos; de allí emergen técnicas de conocimiento de los públicos, de ciertos géneros y de determinadas maneras de arraigar las voluntades colectivas. Sin embargo quiero pensar que es en este punto en el que las políticas racionales se convierten en ausencia de políticas. Hay una gestión del poder en todo lo que es calculable y previsible y a la vez una incapacidad radical de pensar aquello que escapa a esas reglas. Lo que pertenece al orden, que para seguir invocando a Weber, podríamos llamar el orden mágico, son procesos desconocidos tanto por la pragmática política como por el pragmatismo de la investigación social. Hablo, entre otras cosas, de los procesos de paulatina desmaterialización de la cultura que instauran las nuevas tecnologías electrónicas y también de la reorganización de los campos simbólicos, de las prácticas y los discursos. Los cálculos y las estadísticas no pueden dar cuenta de estos acontecimientos que afectan y transforman los distintos niveles de la vida social.

Con estas reflexiones pretendo llegar a otro enfoque para comprender las políticas culturales en las escenas contemporáneas. Para ello creo que las estrategias institucionales -o lo que en otros términos podríamos entender como el régimen material y planificado de producción y distribución de espacios de poder cultural- sino también en los hechos que instituyen, más allá del cálculo y de la consciencia de los actores, la dimensión imaginaria de lo político. Me refiero a esos hechos que trascienden la regulación de los aparatos centralizados y de sus agentes pero actúan y producen efectos de poder en los diferentes segmentos del dispositivo.

Una perspectiva de este tipo permitiría establecer no sólo una interpretación de las estrategias institucionales -el domi-

nio racional de los medios y los fines- sino también del conjunto de efectos impensados en relación a técnicas, disciplinas, reglas y discursos. Llamo a estas dimensiones del dispositivo, efectos de poder porque aunque sean, en muchos casos, relaciones más o menos fortuitas o reguladas por un cierto azar forman parte del universo político y aseguran una determinada eficacia de los campos institucionales.

### 3) LOS INNUMERABLES PUNTOS DEL DISPOSITIVO

Las nuevas tecnologías electrónicas configuran dispositivos complejos. Siempre tiendo a pensar, cuando pienso en las redes audiovisuales y en su incesante proliferación, en una suerte de *inercia* del dispositivo que crecería, según esta metáfora, como las plantas o como los bosques. Evoco otras imágenes similares, con parecido anclaje en la tierra, cuando hablo de saturación de las redes o de nuevas formas de contaminación de los paisajes culturales. Muchas de las mercancías simbólicas son también desechos de los procesos productivos; la contaminación de los cielos encuentra su equivalencia en la contaminación cotidiana del *ruido* electrónico o de su silencio igualmente perturbador. Evoco estas imágenes ligadas a la naturaleza recordando, tal vez, la condición efímera de ciertas figuras de las simbólicas contemporáneas y su irremediable correspondencia con la muerte y el olvido. Ante nuestra vida se despliegan, todos los días, el vértigo y las reglas del vértigo: la velocidad de la luz que preside la vida de los signos audiovisuales y su inmediata desaparición.

Sin embargo, la *inercia* de las redes (o su efecto vegetativo) implica(n), también, la faz sombría de los regímenes contemporáneos de control social. Los diversos registros del progreso y su encarnación en redes burocráticas y en un poder que día a día afianza su centralidad son acontecimientos indisolublemente ligados al desarrollo tecnológico. Weber lo profe-



tizó en su momento tanto para los regímenes capitalistas como para el socialismo. En una lúcida anticipación de hechos recientes, refirió la imposibilidad del *socialismo real* porque consideraba que su propia lógica conduciría, de manera irremediable, a la construcción de una sociedad de funcionarios. Los últimos acontecimientos de los países de Europa del Este prueban con creces este vaticinio. Afanasiev, el conocido disidente de la Unión Soviética, ha declarado hace poco que ninguno de los textos manuales y libros históricos y sociales producidos de los treinta en adelante, estaban fundados en alguna razón científica y que todo lo escrito para la academia fue el producto de una total falsificación. Independientemente de la mayor o menor veracidad de esta afirmación, imagino a ejércitos de escribas, bajo el control de mandos medios que siguen las directivas del partido, escribiendo la historia que no fue, recomponiendo o corrigiendo a voluntad los hechos que ocurrieron, disimulando o distorsionando acontecimientos y datos. Es una historia de ciencia ficción. Y también es una prueba de que la maquinación -o la falsificación- no llevan a ningún lado. Es evidente en este caso, como en otros, que el sentido de realidad -no hablo de verdad y muchos menos de *intereses populares*- reaparece por algún lado y se inviste en determinadas fuerzas sociales. Ahora, la coartada del discurso político contemporáneo es la invocación a la democracia y al pluralismo aunque la figura retórica se encarne, como ya podemos vislumbrarlo en la Unión Soviética, en Alemania o en Nicaragua para citar algunos ejemplos, en acciones restauradoras de la propiedad privada, la libre empresa o la libertad de los desiguales como una de las tantas formas de opresión y violencia de las sociedades capitalistas.

Esta es una digresión que me permite pensar lo irracional en la historia o, por lo menos, las tendencias que emergen, con control relativo de las burocracias y de las propias sociedades, y se manifiestan hacia un objetivo y un destino que no podemos predecir, por lo menos en los

actuales momentos. ¿Crisis de los sistemas, crisis de credibilidad, crisis de los poderes legítimos como puede ser el caso de los sistemas democráticos -o así llamados- en nuestro continente?. No lo sé. Por de pronto con este desvío quiero señalar que desconocemos casi todo con respecto a la elaboración de las creencias colectivas y a los principios que fundan y orientan en esta zona oscura -una especie de inconsciente social- los comportamientos de grupos y clases. Creo que ésta es una preocupación de actualidad y en esta línea de reflexión quiero situar mis propuestas. Vuelvo pues a mi tema específico y al doble juego de cálculo e irracionalidad, de inercia de las redes audiovisuales y de control específico sobre algunos aspectos del dispositivo, de efectos reconocibles en las nuevas tecnologías y de repercusiones más o menos ignoradas.

¿Cómo estudiar las nuevas realidades que surgen de las culturas electrónicas? La extensa concentración de las redes, ya lo sabemos, (y el caso que cuenta Afanasiev es un ejemplo extremo) no implica concentración de las consciencias y mucho menos de las voluntades. Pero creo que las consecuencias de esta expansión técnica, material y simbólica marca de manera decisiva la vida contemporánea. Pienso que las políticas y estrategias culturales -aquellas inscriptas en el orden instrumental cuanto las que pertenecen a un registro no calculado- tienden en la actualidad a establecer una regulación suave, casi indiscernible, sobre los diferentes ámbitos de lo privado. Lo que emerge de estas estrategias centrales no es, sin embargo, un poder centralizado. Es el conjunto de poderes y de efectos de poder que se manifiestan en los distintos puntos del dispositivo: representa la aparición y configuración de nuevas disposiciones y disciplinas, de técnicas del hacer, del saber, del sentir, de una pragmática del lenguaje, de géneros narrativos y de modos de relatar; representa también una transformación de la escena urbana y de las relaciones interpersonales, nuevas formas de



percepción del tiempo y el espacio y, por cierto, una redistribución diferente de los espacios de la cotidianeidad.

Así concebido, el dispositivo es un cuadro de múltiples entradas y salidas que permite establecer correlaciones entre dos o más elementos del sistema de modo de definir las líneas de fuerza en las que el poder se encarna, se manifiesta y cobra un sentido particular. Lo que está en juego es un estilo y un modo de vida que compromete casi todas las esferas de la intimidad y de la esfera pública. Lo que está en juego, también, son las formas de construcción de las creencias y, no menos importante, la reinención de los lazos sociales. En buena medida estas líneas que enuncio convergen a través de múltiples vías hacia una especie de filosofía de las certidumbres elementales. Las culturas electrónicas entronizan un orden terapéutico que tiene como objetivo, tal vez impensado, reducir la intranquilidad o la incertidumbre de las sociedades contemporáneas. Estas terapias colectivas, a mi parecer, no responden necesariamente a una lógica verbal o a un esquema de argumentación. Tampoco responden de manera unilineal a las lógicas de las administraciones centrales. Se erigen sobre las reglas del *marketing* y el saber que ha producido la publicidad acerca de las pulsiones primarias de los públicos pero sólo en la medida en que estos saberes administran los sueños compartidos por una comunidad.

El ejercicio de este poder que actúa sobre el orden de la cotidianeidad y sus certidumbres y rutinas primarias no tiene un centro; es un poder descentralizado cuya eficacia radica precisamente en la dispersión de sus líneas de fuerza. Radica en las propias características técnicas del dispositivo, en la implantación de terminales domésticas, en los modos de empleo que prefigura en los usuarios; radica en la nueva calidad y cualidad de las imágenes, en la velocidad de la luz y en el ritmo de captación de lo real; radica más en el *continuum* del imaginario que desata que en un mensaje aislado o en la suma de los mensajes. Diría, pues, que no se trata sólo de la

eficacia de un relato o de un género particular lo que convoca la adhesión de las audiencias sino más bien de ciertas resonancias de esos relatos que evocan y convocan lo conocido, lo ya visto, lo que pertenece al orden de la repetición. Orden que asegura la permanencia y la continuidad -aunque efímera- de los lazos sociales. Es más la entrega a la contemplación que el acto de comprensión lo que se pone en juego.

Por cierto, en estos juegos de las culturas audiovisuales existen reglas. Pero estas reglas, creo yo, dependen menos del contenido de ciertos programas que de la forma del contenido. Si estudiamos el *rating* en México veremos que los programas de mayor audiencia son los programas nacionales: telenovelas, noticieros, deportes, musicales. ¿Qué me suscitan estas tendencias, si algo indican?. En primer lugar quiero señalar que, a mi parecer, el estatuto de género es inapropiado para designar las emisiones. Aunque existan fórmulas y formas -no es lo mismo un noticiero que una teleovela- ni siquiera existe por el momento, en los campos especializados, una manera de designar con propiedad eso que se enuncia como un género particular y mucho menos las relaciones que establecen unos con otros. En segundo lugar, creo que la adhesión o el fervor de los públicos son hechos globales que se producen alrededor de una forma, de un continente que contiene -con diferencia de grados- el mismo o parecido mensaje cada vez. La historia actúa menos por la historia misma que por la promesa de una *continuidad*, de un acertijo o de un enigma del que todos tienen -o creen tener- la clave.

En este sentido se podría aventurar que existe un isomorfismo entre las rutinas de los espectáculos audiovisuales y las rutinas de la vida cotidiana. El orden del discurso en estas escenas es el orden de la dispersión. Como en las rutinas cotidianas, éste es un universo que está constituido por gestos menores, olvidables, por residuos de saberes y a la vez por movimientos automatizados y eficaces.



#### 4). DE LAS CATEDRALES DEL CINE A LAS TERMINALES DOMÉSTICAS

Es imposible establecer el conjunto de factores que actúan en el dispositivo y que hacen del dispositivo una modalidad compleja de regulación de los equilibrios sociales. Estos aspectos solo pueden ser reconocidos en procesos concretos de investigación que tengan por objetivo discernir los hábitos y comportamientos de los públicos y los modos de empleo de las redes audiovisuales. Pero hasta aquí he enunciado una serie de hipótesis de trabajo y trataré de avanzar sobre otros aspectos que guardan relación con los que ya he enunciado.

La implantación de las redes electrónicas representa -desde la razón política- un sistema natural y flexible de integración de los segmentos sociales. En sociedades cada vez más diversificadas y en vías de mantener o intensificar -como es el caso de las nuestras- las enormes diferencias que fracturan el cuerpo social, las tecnologías aseguran un lazo imaginario y, como tal, *efectivo* de redistribución de un sueño común. El sueño común no es exactamente el que todos sueñan pero creo que sí representa el espacio especular en el que todos pueden proyectarse, ya sea para admitir, reconocer o rechazar la imagen en el espejo. Las terminales -o las pantallas domésticas- son el sitio fantasmático en el que cada quien puede disminuir o, mejor, disimular la incertidumbre y la soledad de las grandes ciudades. Representan, en este sentido, el lugar ficticio de encuentro de una comunidad disgregada.

Estos aspectos cobran particular relevancia si se toma como eje de análisis la expansión inorgánica y desarticulada de la ciudad de México. El crecimiento descontrolado de la ciudad habla a las claras de la ruptura de los mínimos lazos sociales y de la presencia, más que de un dispositivo urbano, de ciudades en una ciudad, de pueblos precariamente ligados en un espacio común. La ciudad es distancia, localización

diferencial de los equipamientos urbanos -servicios, salud, cultura- y también es lugar precario de encuentro de los migrantes urbanos. Más que recorridos, los habitantes efectúan travesías, viajes y hasta migraciones a lo largo del trazado urbano. Tiempo y espacio cobran una nueva dimensión en la vida cotidiana. Por otro lado, la ciudad acoge y expulsa al mismo tiempo a sus habitantes más desprotegidos, los incorpora a la vez que los marca con el estigma de la marginalidad.

Este es el paisaje urbano y es en este paisaje en el que se inscribe el *nuevo* modelo cultural de las tecnologías electrónicas. Las políticas de modernización que se expresan con creces en la catástrofe urbana proveen a la vez la resolución imaginaria del conflicto a través de redes que no sólo articulan los fragmentos de ciudad atenuando la atomización de la vida cotidiana sino que también procuran un paisaje interior, doméstico, liberado de las acechanzas y violencias del mundo exterior.

No es casual que en México y en otras partes del mundo hayan desaparecido o estén en vías de extinción las grandes catedrales del cine como el lugar en el que la propia disposición arquitectónica consagraba un cierto derecho a la ciudad, una forma de habitar la urbe y compartirla en estos espacios del culto. Tampoco es casual que el cine, sobre todo en los países del continente, sufra un reflujo de amenaza con su desaparición. Por de pronto en México es evidente su estancamiento y su inocultable falta de *sentido*. Digo sentido en la latitud que podría tener la expresión cuando la referimos a lo que se llamó la época de oro del cine, la del Indio Fernández y Gabriel Figueroa, la de las diosas de la época del culto, María Félix y Dolores del Río, la época en la que algunos han querido situar las claves de una manera de ser mexicano, o, de otro modo, las claves simbólicas de encuentro con un registro de identidad.

Las nuevas tecnologías culturales resitúan el espacio del



culto en el espacio doméstico y secularizan los espacios de la fe y de la proyección. Las nuevas reticulaciones técnicas son de algún modo efecto del crecimiento demográfico y de la atomización urbana pero a la vez efectúan sobre la ciudad una nueva diagramación que une y disgrega a la vez, que convoca a la clausura doméstica y a la reunificación de los individuos en los lazos de la unidad familiar.

En este sentido no cabe duda que los medios son el mensaje y si acaso no representan un orden unívoco al menos representan un ordenamiento del caos urbano, del caos de un conglomerado en el que crecen de manera desproporcionada las mayorías silenciosas entre las nuevas reticulaciones productivas, urbanas, culturales, económicas. En el ámbito de lo cultural no sólo se instituye un repliegue sobre los espacios cotidianos e íntimos -entendiendo por intimidad el lugar conocido de la familia- sino que ese repliegue tiene como referencia un nuevo contacto con lo Otro y con el otro; las pantallas domésticas que sustituyen la grandiosidad de las pantallas cinematográficas, que las vuelven domesticables, ajustadas a las necesidades inmediatas y hasta a una serie de elecciones personales, representan un nuevo estado de los vínculos simbólicos. Ahora se trata de extender y miniaturizar el tráfico de desmaterialización que inauguró el cine como un nuevo mercado industrial que a diferencia de todos los demás no produce materia sino luz. Y, sobre todo, la velocidad de la luz.<sup>3</sup> Baste recordar que las figuras que forman imágenes por su reunión en un conjunto, no son del todo "figurativas": "llegan a serlo sólo en una constelación particular que se deshace en provecho de otra". La televisión transmite tres millones de punto por segundo, de los cuales sólo algunos son retenidos.

Desconocemos todo sobre estos acontecimientos: me refiero a los regímenes de clausura en el espacio doméstico en torno al hecho mágico e inédito de un relato que emerge de la propia velocidad de la luz. ¿Cómo interactúan con los regí-

menes tradicionales de conocimiento, con la letra impresa, con los intercambios personales?; ¿cómo se proyectan sobre la vida colectiva y la vida urbana, sobre las relaciones políticas y sociales?; ¿qué ha cambiado en la percepción contemporánea de la realidad y en la experiencia de lo real?

##### 5). CREENCIAS Y LAZOS SOCIALES

Desde una perspectiva relativamente próxima Lyotard afirma: "Lo que está en juego es la cuestión de la permanencia o disolución del lazo social". Los flujos de información y la multiplicación de los mensajes saturan el cuerpo social, apenas hay resquicios en este universo de la sobreabundancia de los juegos del lenguaje. A pesar de la fuerza de esta evidencia, Lyotard sostiene que lo que caracteriza a las culturas contemporáneas es la declinación de los grandes relatos tradicionales, aquéllos que aseguraban el lazo social a través de la transmisión de los saberes compartidos por una comunidad.<sup>4</sup> El desarrollo de las tecno-ciencias de la informática (memorias, peritajes electrónicos, bancos de datos, pantallas que reproducen las palabras) inauguran un proceso de desmaterialización de las cosas que altera el conjunto de las relaciones sociales y simbólicas de las sociedades modernas. No sólo modifica las lógicas y perscripciones que rigen los enunciados del saber y los relatos sobre el mundo sino también los vínculos y controles sociales. Las máquinas pensantes inauguran, en efecto, un recurso paradójico: "la desaparición de la presencia de los individuos y los objetos" en tanto apelan a prótesis y tejidos "que se extienden al infinito y del que ningún centro posee el control". Los nuevos lugares de encuentro, augura Lyotard, serán lugares a distancia, no localizables, se acercarán y deslizarán sobre las ondas. Se tratará, de algún modo, de lugares ondulatorios.<sup>5</sup>

De Certeau, por su parte, plantea otro de los enigmas de la modernidad: ¿cómo se construye la creencia en nuestras



sociedades, sobre qué bases se producen sistemas de credibilidad entre los grupos sociales? Este es un aspecto de radical importancia en estos tiempos por poco que consideremos los movimientos y revueltas que transforman los escenarios históricos tanto de los países capitalistas como socialistas.

¿Qué papel juegan en los procesos de elaboración de las creencias colectivas las nuevas tecnologías culturales? Para de Certeau existe una paradoja que formula de la siguiente manera: mientras mayor es la abundancia de los signos de actualidad en mayor medida se exacerban los signos de incredulidad, entre grupos y clases, en las sociedades modernas.<sup>6</sup> Para algunos, como es sabido, se trata de la crisis de un orden cultural que pretende precisamente convocar las adhesiones a través de la escenificación incesante de lo real, o mejor dicho, de lo real-visible: estar y hablar en y desde el lugar de los hechos, pretender ser los hechos mismos. La idea de la *actualidad* es una particular idea del presente (y por consiguiente de la historia). Las ventanas artificiales, para usar la feliz expresión de Paul Virilio, actúan simulando un presente perpetuo, un presente en estado puro, lo real tal como se entrega a la mirada, a la contemplación.

El ocaso de los grandes relatos, de los que habla Lyotard, se expresa tal vez en los nuevos regímenes discursivos de los medios. Yo diría, como ya lo señalé, que antes que considerar géneros o mensajes específicos, lo más importante son las cadenas significantes, el eslabonamiento de sentidos fragmentarios, o de fragmentos de relatos, que apenas alcanzan un mínimo de coherencia -y de duración- entran en un irreversible proceso de caducidad. Las narraciones fragmentarias de los periódicos, la radio y la televisión, el relato fugaz de la publicidad, ya no remiten a un código explícito -estético o teatral-. En estos discursos se erosionan, como es sabido, las marcas de estilo y la singularidad de la obra. Ahora se trata de flujos, de cadenas significantes que establecen nuevos sistemas de reenvío, en suma, se trata de intensidades. Ahora los

códigos son, en su mayoría, anónimos. Esta anulación explícita del autor -o del régimen occidental de autoría- de la marca del nombre que testimonia una responsabilidad sobre lo dicho, parece sintetizar un cierto efecto de poder. No hay un alguien que habla, la realidad habla, lo actual se exhibe como si no hubiera mediaciones. De allí es relativamente sencillo imaginar que estas cadenas significantes que significan -como efecto ilusorio- por sí mismas se conectan de manera inmediata con los propios flujos discursivos o culturales de una comunidad.

Algunos autores han referido, un poco al pasar, la similitud existente entre los nuevos códigos audiovisuales y las tradiciones del relato oral. Es evidente que se trata de una parecida utilización de recursos de estilo que apelan a un determinado uso de la memoria, y yo agregaría, del olvido-. En ambos casos no existe autor reconocido, la comunidad habla; en ambos casos el relato presenta ciertas marcas expresivas que se ligan a las lógicas de la repetición. Se repiten ciertos recursos estilísticos, ciertos estereotipos porque el mensaje es oral, no tiene la fijeza de lo escrito, requiere ser memorizado. Walter Ong, al respecto, describe los modernos sistemas audiovisuales como tecnologías de la oralidad secundaria.<sup>7</sup> A la oralidad primaria de la comunicación interpersonal se sobreañade en esta nueva fase de la cultura un conjunto de dispositivos que elaboran lo oral sobre un nuevo grado de significación. Para el caso de países como México donde los recursos de la tradición oral todavía son relevantes, me parece que estas ideas plantean algún interés. De cómo se articulan las tecnologías audiovisuales -la oralidad secundaria- con las tradiciones orales y las creencias de las diferentes comunidades que no han pasado, o han pasado con extrema dificultad, por los regímenes de la letra escrita.

Por cierto, este es un problema complejo que no sólo afecta las reglas de los relatos tradicionales sino también los sistemas perceptivos de los individuos e incluso sus vínculos



con la realidad y con el conocimiento. La reminiscencia que guarda el relato de las culturas electrónicas con el relato oral encubre, sin embargo, hechos radicalmente diferentes. A la memoria oral sobreviene lo que podríamos llamar la memoria electrónica; se produce de algún modo un desplazamiento de la memoria individual y grupal a la memoria de los archivos audiovisuales. Del relato como construcción colectiva, se pasa al relato que figura representar los sentimientos colectivos; la relación interpersonal comienza a ser mediada por las pantallas.

Por otro lado, como lo propone M. de Certeau, se está produciendo una mutación de los paradigmas del saber: a la invisibilidad de lo real -postulado antiguo de la filosofía- sobreviene su visibilidad plena. "La escena sociocultural de la modernidad reenvía a un "mito". Este define el referente social por su visibilidad; (...) articula sobre este nuevo postulado (creer que lo real es visible) la posibilidad de nuestros saberes, de nuestras observaciones, de nuestras pruebas y de nuestras prácticas". Así, los simulacros contemporáneos -agrega- se establecen a partir de la relación creer/ver; lo visto se indentifica con lo que debe ser creído.<sup>8</sup>

\* \* \* \* \*

Estas son, a mi entender, algunas de las tantas interrogaciones que podrían dar un nuevo cauce al estudio de las políticas culturales en el continente. Sólo propongo cuestiones que exhiben, sin duda, un carácter fragmentario e inacabado. Esta condición fragmentaria, quiero decirlo para concluir, es el resultado de una deliberación y, a la vez, de un azar. He querido deliberadamente plantear y mostrar el estado residual, incipiente, de una reflexión -la mía en este caso- en el entendido de que lo que se ofrece son más las líneas de una búsqueda que un pensamiento consistente. Y, por otro lado, este discurso (*discursus*: la acción de correr aquí y allá,

"andanzas", "intrigas", R. Barthes) surge un poco al azar y al calor de la escritura. Las idas y venidas de una idea a otra establecen los pasos para erigir nuevos objetos y nuevos problemas. Esta cuota de azar, esta "intriga", permite a veces la aparición de un vínculo inesperado entre problemas que parecían lejanos o, al menos, difíciles de correlacionar.

Tlalpan, mayo de 1990.

#### NOTAS

1. Madrid, Tecnos, 1978, pp.13.
2. Madrid, Alianza Editorial, 1975, pp. 199.
3. *Guerre et cinema I. Logistique de la perception*. Paris, Cahiers du cinéma. Editions de l'Etoile, 1984, pp. 42.
4. *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1984, pp. 38.
5. Pesis Pasternak: "El postmodernismo: Conversación con J.F.Lyotard", *La Jornada Semanal*, México, año 3, No. 139, 17 de mayo de 1987.
6. *L' invention du quotidien*. Paris, Unión Générale d' Editions, 1980. Consultar en particular el capítulo XIII: "Croire/Faire croire".
7. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
8. *Ibidem*, pp. 300.